

ARQUEOLOGÍA EN ALICANTE HOMENAJE A HERMANFRID SCHUBART



MUSEO EUROPEO
DEL AÑO 2004

MARQ

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ALICANTE



DIPUTACIÓN
DE ALICANTE



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante





HACE UN AÑO, en el salón de Actos del MARQ, tuvimos el honor de presentar un acto de reconocimiento a un eminente arqueólogo y maestro de arqueólogos. El homenaje se tituló "Arqueólogos en Alicante. Una jornada con el Dr. Manuel Pellicer Catalán". A su persona y trayectoria científica varios de sus colegas y compañeros expusieron los suficientes méritos que justificaban con creces aquella reunión. En particular para la arqueología alicantina su importante participación en la recuperación de un excepcional mosaico romano de Calpe que, gracias a sus desvelos, y de otras personas que se recordaron, hoy podemos contemplar en la sala de Cultura Romana del Marq. Este libro conmemora y transmite otro homenaje merecido a un arqueólogo alemán con el que M. Pellicer, según he sabido, le unían lazos intelectuales y de amistad. Siguiendo con el espíritu que animó el primer encuentro, "Arqueólogos en Alicante. Una jornada con Hermanfrid Schubart", ha reunido amigos, colegas, discípulos, colaboradores e instituciones académicas en torno al eminente científico. Evidentemente, no soy especialista de la disciplina que nos ocupa, la que a través de la cultura material permite un mayor conocimiento del pasado humano; pero sí sabemos que la investigación de esta materia, la arqueología, es un factor fundamental del desarrollo de un museo como el Marq. Viene aquí esta idea porque, a veces, he expresado que el Marq es algo más que un museo arqueológico, es un espacio o centro cultural que acoge otras destacadas actividades sociales, algo que anima enormemente la institución. Pero al mismo tiempo hemos dejado constancia que la arqueología y la conservación y difusión del patrimonio es su función primordial y su investigación y posicionamiento en la vanguardia, su guía. Es por ello que cualquier agradecimiento público a aquellas personas que han dedicado sus esfuerzos a estudiar o divulgar nuestra historia es de justicia y el espacio del Museo es el ámbito adecuado para expresarlo. El Dr. Schubart, excavó en dos yacimientos en uno de nuestras más destacadas montañas, el Montgó, rotunda elevación costera desde cuya cima se divisa la más occidental de las Islas Baleares. Su aportación, en los años que realizó su trabajo, el inicio de la década de los años 60 del siglo pasado, fue, según los especialistas, novedosa, introductora de la metodología europea. Remarca esta aseveración el que propició la primera datación de radiocarbono de la provincia, orientando, como seguro guía, la senda temporal de nuestra prehistoria. Así pues hay que agradecerle su contribución a la modernización de nuestra actividad científica, de la cual se impregnaron muchos de los mejores profesionales con que contamos. Además, hay otra circunstancia que une al Dr. Schubart con nuestra tierra y es su residencia temporal en Moraira, junto a nuestro hermoso Mediterráneo, muy cerca de los antiguos asentamientos que él contribuyó a dar a conocer aquí y en Europa. Nos sentimos por tanto honrados por la presencia del Dr. Hermanfrid Schubart en nuestro Museo y por la colaboración del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, del que es miembro y fue director, con el que ya hemos tenido la suerte de realizar otras actividades, y por la del Área de Arqueología de la Universidad de Alicante, con la que nos unen muchos proyectos.

José Joaquín Ripoll Serrano
Presidente de la Diputación de Alicante

ARQUEOLOGÍA EN ALICANTE. HOMENAJE A HERMANFRID SCHUBART

Diputación Provincial de Alicante
MARQ. Museo Arqueológico de Alicante

Textos:

Lorenzo Abad Casal
Carlos Gómez Bellard
Mauro S. Hernández Pérez
Michael Kunst
Dirce Marzoli
Manuel H. Olcina Doménech
Hermanfrid Schubart
Jorge A. Soler Díaz

Traducción del alemán:

María Díaz Teijeiro
Lorenzo Abad Casal

Fotografías:

Hermanfrid Schubart
Archivo Gráfico del MARQ
Archivo Gráfico del Deutsches Archäologisches Institut
- Vera Leisner
- Peter Witte
- Detlef M. Noack
- Salda

Coordinación editorial:

Juan A. López Padilla

Maquetación y diseño:

Miranda Dreams

Diseño de portada:

Lorena Hernández Serrano

Impresión:

Imprenta Provincial

ISBN: 978-84-96979-71-0

D.L.: A-907-2010

ÍNDICE

- 11** HERMANFRID SCHUBART EN EL MARQ.
Manuel H. Olcina Doménech y Jorge A. Soler Díaz
- 16** EL PROFESOR HERMANFRID SCHUBART Y SU DESTACADO PAPEL
COMO ARQUEÓLOGO E INVESTIGADOR EN LAS RELACIONES
CULTURALES HISPANOALEMANAS
Dirce Marzoli
- 23** HERMANFRID SCHUBART, MAESTRO DE EXCAVACIÓN
Michael Kunst
- 43** HERMANFRID SCHUBART Y EL PROGRESO DE LA ARQUEOLOGÍA EN
ESPAÑA
Lorenzo Abad Casal
- 50** HERMANFRID SCHUBART Y LA PREHISTORIA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA
Mauro S. Hernández Pérez
- 58** HERMANFRID SCHUBART Y EL MONTGÓ
Carlos Gómez Bellard
- 68** LOS PRIMEROS PASOS DE UN ARQUEÓLOGO ALEMÁN EN IBERIA
Hermanfrid Schubart
- 76** INVESTIGACIONES EN LAS FORTIFICACIONES IBÉRICAS DEL MONTGÓ,
EN DENIA
Hermanfrid Schubart

HERMANFRID SCHUBART Y EL PROGRESO DE LA ARQUEOLOGÍA EN ESPAÑA

LORENZO ABAD CASAL

Universidad de Alicante

HACE AHORA CINCUENTA AÑOS un joven arqueólogo alemán de complicado nombre y apellido visitaba por primera vez las tierras que hoy gustosamente le acogen. Llevaba poco más de un año en nuestro país y estaba en el inicio de una larga y fructífera vinculación con la arqueología y los arqueólogos españoles y portugueses. Aquel nombre que a finales de los cincuenta sonaba tan raro nos resulta hoy completamente familiar: Hermanfrid Schubart.

Cincuenta años de vida arqueológica y de vida sin más, cincuenta años que han visto cambios de todo tipo, desde una España autárquica que a duras penas comenzaba a salir de la postguerra hasta una España que poco a poco se ha ido homologando con los países europeos. La integración en Europa, una ilusión y casi una obsesión para los jóvenes de los años sesenta.

El país comenzaba a superar las secuelas de la guerra civil, que aún durarían muchos años. La arqueología no era una excepción. Había perdido a algunos de sus profesionales más conspicuos; otros habían conservado o recuperado sus puestos, teniendo que superar a veces traumáticos expedientes de depuración. Pero sobre todo se había liquidado un ambiente de progreso plasmado en nuevas leyes de protección del patrimonio, en la creación de instituciones punteras, en el inicio de la integración en Europa y en las bases de una docencia e investigación abierta y avanzada.

En 1948 se crearían las primeras cátedras de Arqueología, con la denominación de Arqueología, Epigrafía y Numismática; fueron las de Zaragoza y Salamanca, que ocuparon respectivamente Antonio Beltrán Martínez y Juan Maluquer de Motes. Años después, y al amparo de la reforma universitaria impulsada por el ministro de Educación Joaquín Ruiz Giménez, continuó esta política. En 1954 se dotaron las cátedras de Valencia, que ganó Miquel Tarradell, y la de Valladolid, que ocupó Pere de Palol; en 1956 serían la de Murcia, para Gratiniano Nieto, y la de Sevilla, para Antonio Blanco Freijeiro.

De Prehistoria se había convocado una cátedra en Barcelona en una fecha tan temprana como 1942, para cubrir el vacío dejado por el exilio de Pere Bosch Gimpera, que ocupó Martín Almagro Basch. En 1945 quedó desierta la de Santiago, que ganó en 1949 Antonio Ubieto. En este



Hermanfrid Schubart trabajando en el yacimiento del Alt de Benimaquía, en 1961.

Foto: Hermanfrid Schubart

mismo año, Aurelio Viñas fue a Valladolid y Julián San Valero a Valencia. En 1950, Octavio Gil Munilla ocupó la de Sevilla. En 1953 Almagro volvió a Madrid, ocupando por fin, y tras reñida lucha con otro prohombre del régimen, Julián Martínez Santa Olalla, la antigua cátedra de Historia Primitiva del Hombre; cátedra que en su momento detentó Hugo Obermaier, en un primer intento de abrir a Europa la ciencia española. En 1954 Luis Suárez ocupó la cátedra de Valladolid y Carlos Alonso del Real la de Santiago.

A este elenco de profesores hay que sumar el propio Martínez Santa Olalla, que ocupaba una cátedra de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid, y aquéllos que de una u otra forma habían conseguido superar las secuelas de la contienda. Ante todo Antonio García y Bellido, sucesor en 1931 de José Ramón Mélida en la cátedra de Arqueología Clásica en la Universidad Complutense de Madrid, y Luis Pericot, catedrático desde 1925 en Santiago, Valencia y por fin en Barcelona desde 1933. Ambos fueron cabeza de sendas escuelas de investigación —en Arqueología e Historia Antigua el primero, y en Prehistoria el segundo— que mantuvieron en la medida de lo posible el prestigio de la investigación española.

Este grupo de profesores fue el núcleo de la Arqueología y la Prehistoria española durante más de veinte años; pocos más se incorporaron en este periodo de tiempo. Cuando pudieron hacerlo fue ya al calor de la eclosión universitaria de los años setenta, que alteró radicalmente el panorama, y de la que aún vive nuestra Universidad. Sin ánimo de exhaustividad, y centrándonos sólo en esta década, podemos recordar a Antonio Arribas en 1965 en Prehistoria en Granada, a Alberto Balil en 1967 en Arqueología en Santiago de Compostela y a Manuel Pellicer en 1968,

también en Arqueología, en La Laguna. Es el inicio de una época en la que la proliferación de universidades, y el crecimiento exponencial del número de alumnos, permitió la dotación de numerosas cátedras, sobre todo de aquellas disciplinas que habían conseguido ubicarse en los cursos comunes: Prehistoria y, sobre todo, Historia Antigua. Estas disciplinas, que llevaban años compartiendo una misma titulación, se escindieron definitivamente y comenzaron un rápido desarrollo. En ocasiones, las cátedras de Historia Antigua las cubrieron profesores de formación más arqueológica que propiamente histórica.

Este es el panorama al que se incorpora a fines de la década de los cincuenta el joven investigador alemán Hermanfrid Schubart. La fina labor realizada a lo largo de varios años por el director del Instituto Arqueológico Alemán, Helmut Schlunk, había generado un clima de entendimiento y colaboración que facilitarían su plena integración en la Arqueología española.

Y en este punto permítanme que recurra a un recuerdo personal: Antonio Blanco Freijeiro, había ganado en 1956 la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática en la Universidad de Sevilla, aunque no la ocupó de manera efectiva hasta tres años después. A diferencia de muchos de sus colegas ya citados, no fue propiamente un excavador, como tampoco lo había sido su maestro Antonio García y Bellido. Sus intervenciones arqueológicas fueron contadas y casi siempre actuó más como inspirador y como referente que como verdadero excavador. Pero era un hombre muy culto, había estudiado Filología Clásica y se había doctorado en minería antigua: dos años de estancia en Oxford y otros dos en Heidelberg le habían dotado de dominio de lenguas, estrategias de investigación, contactos y recursos.

Como su maestro García y Bellido, Antonio Blanco tuvo también en alta estima la ciencia alemana. Decía que para investigar en el mundo clásico era tan importante el alemán como el latín o el griego, y procuró inculcar en sus alumnos, desde muy pronto, la necesidad de embarcarse en la difícil e incierta aventura de aprender alemán. Para ello contaba con un método infalible; cuando algún alumno se le acercaba con la pretensión de realizar una memoria de licenciatura, y no digamos una tesis doctoral, lo primero que hacía era tomar de la estantería un libro en alemán y decirle que ese libro era fundamental, que lo leyera y entonces volverían a hablar. Ante la cara de estupor del alumno, preguntaba sorprendido: ¿Pero es que usted no lee alemán...?

Aún recuerdo el que me tocó a mí: *Die antiken Hafenanlagen des Mittelmeeres*, de Lehmann y Hartleben, Ed. Klio, Leipzig, 1923. Había que ponerse manos a la obra. Para ello contábamos con un aliado fiel: el Instituto de Idiomas de la Universidad de Sevilla, organismo pionero en su género, y sobre todo de Klaus Wagner, lector de alemán en la universidad, profesor en el Instituto, sevillano de adopción y destacado bibliófilo, cuya constancia, insistencia y bonhomía hacían más llevadero tan difícil encargo.

Quien era capaz de superarlo, y a trancas y barrancas conseguía comenzar a entender lo que allí se decía, era tomado ya en consideración y comenzaba a vislumbrar la posibilidad de realizar una carrera arqueológica, en la que la relación con Alemania era importante. Muchos años después, José María Blázquez, que se declara a sí mismo discípulo de Blanco, y a quien tengo por mi otro maestro, llevó a la práctica con sus discípulos de Historia Antigua lo que Blanco había propugnado, aunque a un nivel mucho menos efectivo: casi todos ellos realizaron parte de su formación en Universidades alemanas, como becarios del DAAD, becarios Humboldt o enviados gracias a algún subterfugio académico, entonces mucho más fáciles que ahora.



Helmut Schlunk junto a Hermanfrid Schubart y otros miembros del Instituto Arqueológico Alemán en la biblioteca, durante el acto de despedida de Schlunk, el 27 de octubre de 1971.

Foto: Peter Witte. Archivo Gráfico del DAI: D-DAI-MAD-WIT-KB-26-71-27

Sería interesante hacer algún día la relación de cuántos arqueólogos e historiadores de la antigüedad españoles pudieron disfrutar de estas facilidades a través del Instituto Arqueológico Alemán o de los organismos vinculados a él de una u otra forma. Ir a Alemania era casi la única vía que se abría para poder salir de nuestras fronteras: las becas que el DAAD otorgaba para aprender el idioma, filtradas en Madrid por la condesa von Herberstein, así como las de investigación de este mismo organismo, permitieron a no pocos arqueólogos españoles descubrir otro mundo, investigar a gusto, ultimar tesis y trabajos. Eran años en los que no resultaba fácil conseguir una estancia en Roma, pues la dirección de la Escuela, vinculada al Opus Dei, elegía muy cuidadosamente a sus candidatos. Inglaterra estaba apenas abierta y Francia, tan cercana, sin embargo estaba lejos, la Casa de Velázquez no ejerció, en lo que a arqueología se refiere, el papel vigorizador del Instituto Arqueológico Alemán.

Todo ello se debía en buena medida al papel que Helmut Schlunk primero y Hermanfrid Schubart después, junto con otros investigadores miembros del Instituto, habían sabido labrarse dentro de la arqueología española. La estrecha relación que mantuvieron con los colegas hispanos, permitió que muchos de los más jóvenes se formaran en sus excavaciones, disfrutaran de becas y ayudas en Alemania y aprovecharan su compañía científica y personal en los congresos que entonces comenzaban a proliferar, en un número todavía asequible.

La actividad de un centro es la de las personas que la componen. Y la del Instituto Arqueológico Alemán en Madrid fue en buena medida la de Hermanfrid Schubart. Su primer intento para



Hermanfrid Schubart y Michael Blech en *Castra Caecilia*, Cáceres, en la primavera de 1980.

Foto: Peter Witte. Archivo Gráfico del DAI: D-DAI-MAD-WIT-R-058-80-70

estudiar las antigüedades valencianas no fue todo lo exitoso que hubiera sido de desear, sin duda por una cierta reticencia de quienes entonces estaban a su frente a entregar a un joven alemán una de las joyas de la arqueología valenciana: la Ereta del Pedregal. Cuánto mejor hubiera sido para el yacimiento y para los prehistoriadores y arqueólogos valencianos que aquella colaboración hubiera fructificado. El ejemplo de Fuente Álamo, o de Zambujal, o de las colonias fenicias del sur de la Península, constituye un buen ejemplo. Aunque a cambio le debemos la que sin duda es la primera actuación arqueológica moderna en la provincia: la del Montgó.

La búsqueda por el paisaje hispano llevó a Hermanfrid Schubart a encontrar otros lugares donde desarrollar su actividad. Mauro Hernández se referirá a sus importantes contribuciones al conocimiento de la Prehistoria, y también, aquí sí, a la Prehistoria alicantina. Nosotros lo haremos, siquiera sea brevemente, a la otra faceta de su actividad: el mundo fenicio.

Los estudios sobre la arqueología fenicia de la Península Ibérica son ante todo los de Hermanfrid Schubart y los del Instituto Arqueológico Alemán. Schubart fue el alma de un importante equipo de investigadores, tanto alemanes como españoles, que insuflaron vida a la desembocadura de los ríos Vélez y Algarrobo. Los nombres de Toscanos, Trayamar, Morro de Mezquitilla, Jardín, Chorreras, por citar sólo los más destacados, están indisolublemente unidos al profesor Schubart, a la investigación alemana y a la colaboración hispano-alemana.

Cuando este equipo de investigadores comenzó su actividad, lo que se sabía de los asentamientos fenicios en la Península Ibérica era muy poco. Una de esas casualidades de la historia hizo que casi al mismo tiempo Manuel Pellicer —a quien no hace mucho tiempo homenajeamos también en este mismo lugar— excavase la necrópolis fenicia de Almuñécar, que conocemos como “Laurita”. De repente, la presencia fenicia tomaba corporeidad. El camino que había abierto Laurita no siguió adelante, el que marcaban los ríos malagueños, sí.

Prácticamente todos los campos de la arqueología fenicia han sido tocados por él y su equipo: la elección de los asentamientos, la estructura urbana, las instalaciones artesanales y de almacenamiento, los rituales, monumentos y formas de enterramiento, la relación con los indígenas, incluso la delimitación de la línea de costa, tan importante para la identificación y el entendimiento del paisaje antiguo.

Estos trabajos y estas excavaciones fueron muy importantes para quienes en los años sesenta nos iniciábamos en la investigación arqueológica. Las publicaciones del Instituto Arqueológico Alemán constituyeron el modelo a seguir en aspectos como la perfecta organización de los cortes, la immaculada limpieza de su interior; los perfiles cortados a plomo, la interpretación estratigráfica... pero también en la importancia de una buena fotografía, en la representación gráfica de las plantas, de los alzados, de los perfiles, en la forma de dibujar los materiales. Fueron la escuela de la que bebimos muchos de nosotros, y en concreto los que nos formamos en los años de Itálica al lado de José María Luzón.

Pero la relación de Hermanfrid Schubart con la arqueología valenciana no acabó en el Montgó y el fallido intento de La Ereta del Pedregal. Estuvo presente en numerosos acontecimientos arqueológicos en Alicante, como las Primeras Jornadas Arqueológicas de la Universidad, celebradas en Elche en 1983, con la intención de poner al día lo que se conocía sobre la arqueología valenciana, incluyendo, por primera vez, la Arqueología Medieval; juntos organizamos un curso en el Aula de Cultura de la CAM sobre la actividad del Instituto Arqueológico Alemán en España, en el que impartieron conferencias el propio Schubart, Walter Trillmich y Christian Ewert. Su pre-

sencia en las Jornadas que la Universidad de Alicante organizó en el año 2003 con el título de *La Contestania Ibérica, treinta años después*, en homenaje a Enrique Llobregat, fue para nosotros, por lo inesperada, especialmente emotiva.

Durante uno de esos viajes nos visitó en El Oral, yacimiento que excavábamos a principios de los años ochenta y donde participaban alumnos que hoy son profesores de arqueología y arqueólogos de diversos museos e instituciones; en aquellos trabajos intentábamos llevar a la práctica lo que habíamos aprendido de nuestros maestros y lo que habíamos aprendido de las publicaciones del Instituto Arqueológico Alemán.

Tras despedirse, el profesor Schubart visitó La Escuera, yacimiento que había conocido durante su viaje de 1960, cuando las excavaciones de Solveig Nordström estaban aún recientes, y nos llamó la atención sobre la existencia de una muralla, visible en el talud próximo a la carretera. La intervención en La Escuera era algo que teníamos previsto y que, aprovechando su observación y consejo, iniciamos en 1985, yendo a dar, sin intentarlo ni pretenderlo, con lo que debió ser la puerta de la muralla que él había observado. La mala suerte permanente que ha acompañado nuestras actuaciones en San Fulgencio impidió ir mucho más allá. Ojalá que los trabajos que Feli Sala ha retomado consigan superar este maleficio.

Creo que fue durante ese mismo viaje cuando el profesor Schubart visitó las dunas de Guardamar. Sin duda esa visita no fue casual, bragado como estaba en el conocimiento de los yacimientos fenicios andaluces y su emplazamiento. Pronto se dio cuenta de que algunos sillares que se veían sobre el terreno eran en realidad parte de monumentos funerarios que por fuerza habían de ser fenicios. Este descubrimiento, que compartió conmigo y con Enrique Llobregat, director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, llegaría a desatar un vendaval en la arqueología alicantina, en el que se mezclaron intereses científicos y relaciones personales y en el que el profesor Schubart, con esa prudencia y sabiduría que le caracteriza, se abstuvo de intervenir; aun guardo en mi memoria sus palabras: “*que el Instituto tiene por norma no intervenir en aquellos lugares en que su intervención o su presencia pudiera generar problemas con los arqueólogos locales*”. He pensado en más de una ocasión que el prestigio y la experiencia del Instituto Arqueológico Alemán en todo lo relacionado con el mundo fenicio seguramente habrían permitido dar un rumbo bien distinto a esa investigación.

En el año 1993, el profesor Schubart recibió su nombramiento como doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Madrid. Su lección estuvo dedicada a la *Significación histórico-cultural de la costa meridional de la Península Ibérica, desde la Edad del Cobre hasta la colonización fenicia*. Sus palabras finales fueron:

“*Si he logrado convencerles de que costas y fronteras nunca son barreras impermeables, sino que en todos los tiempos se han realizado a través de ellas intercambios que unen a los pueblos y contribuyen a la configuración de sus culturas; y si ustedes participan conmigo del entendimiento que ese fenómeno sigue siendo también en nuestros días un factor positivo, me sentiría plenamente satisfecho*”.

Permítannos llevar un poco más allá el sentido de estas palabras. Si al final de este acto ustedes se han convencido de que la figura del profesor Schubart ha hecho mucho por mostrar que en la investigación, pero también en la vida cotidiana, las culturas y las lenguas no son barreras impermeables, sino que pueden unir a pueblos y a culturas en el conocimiento de su pasado, los organizadores de este acto nos daremos por satisfechos.